

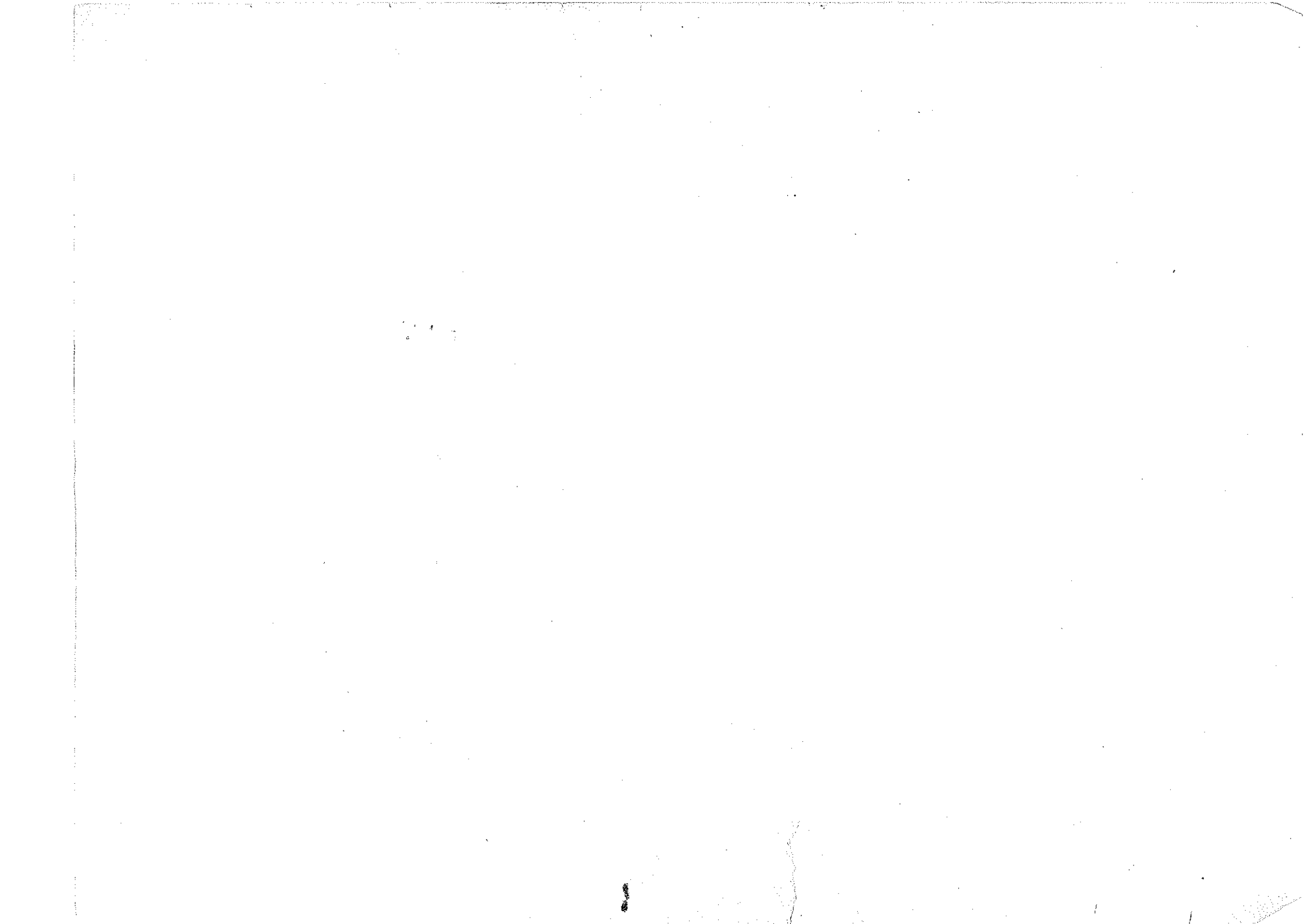
FOTOCOPIADORA
(54) C.E.N.C.E.
Clínica de Niños.
Foto 6 SF 1
D/F 5

Donald W. Winnicott

EXPLORACIONES PSICOANALITICAS II

Editado por
Clare Winnicott
Ray Shepherd
Madeleine Davis


PAIDOS
Buenos Aires
Barcelona
México



40. EL JUEGO DEL GARABATO

*Amalgama de dos artículos: uno inédito, escrito en 1964, y el otro publicado en 1968*¹

54-121

54-122

En mi ejercicio de la psiquiatría infantil he comprobado que debe asignársele un lugar especial a la primera entrevista. Fui desarrollando gradualmente una técnica destinada a utilizar en forma cabal el material de esa primera entrevista. A fin de diferenciar este trabajo de la psicoterapia y del psicoanálisis, utilizo para designarlo la expresión "consulta psicoterapéutica". Es una entrevista diagnóstica, basada en la teoría de que no es posible efectuar ningún diagnóstico en psiquiatría si no es con la prueba de la terapia.

El fundamento de este trabajo especial es la teoría de que un paciente (niño o adulto) trae a la primera entrevista una cierta capacidad para *crear* que obtendrá ayuda y confiar en quien se la ofrece. Lo que la persona que desea ayudarlo tiene que darle es un encuadre estrictamente profesional, en el cual el paciente esté en libertad de explorar la oportunidad excepcional que le brinda la consulta para la comunicación. La comunicación del paciente con el psiquiatra estará referida a las tendencias emocionales específicas que, dotadas de una forma actual, tienen sus raíces en el pasado o en lo profundo de la estructura de la personalidad del paciente y de su realidad interna personal.

¹Publicado en *Voices: The Art and Science of Psychotherapy*, vol. 4, Nº 1 (1968).

54-122

2

En esta tarea, el consultor o especialista no necesita tanto ser "inteligente" como ser capaz de proporcionar una relación humana natural y flexible dentro del encuadre profesional, en tanto el paciente *se sorprende* a sí mismo al producir ideas y sentimientos que no estaban antes integrados a su personalidad total. Quizás la principal labor realizada sea de la naturaleza de la integración, posibilitada por la confianza en esa humana pero profesional relación —una forma de "sostén"—.

Si bien surgen oportunidades para el comentario interpretativo, estos comentarios pueden reducirse al mínimo, o en verdad omitirse o liberadamente. Así, este trabajo pueden llevarlo a cabo consultores adecuadamente seleccionados mientras aprenden cómo efectuar la psicoterapia que incluye interpretaciones verbales. Este trabajo reporta grandes beneficios, ya que el consultor puede aprender del paciente; y es menester que esté dispuesto a hacerlo, y no ansioso por abalanzarse sobre el material con sus interpretaciones. En la selección de los consultores, como en la selección de psicoterapeutas en general, ha de considerarse que los individuos ansiosos por abalanzarse sobre el material interpretándolo no son idóneos, por su temperamento, para el ejercicio de la psicoterapia, y en particular, no lo son para efectuar consultas terapéuticas.

Al realizar esta tarea, que yo llamo "consulta terapéutica", con un niño (o con un adulto, lo mismo da), es preciso ser capaz de usar con provecho el limitado tiempo disponible, y tener listas las técnicas, por flexibles que ellas sean. Hay que dar por sentado que en muchos de estos casos, lo que no se logra en la consulta no se logrará en ningún otro lado. La primera consulta puede repetirse, pero si el niño tiene que ver al consultor varias veces, se vuelve indispensable el trabajo en equipo dentro de una institución, y es muy posible que deba derivarse al niño para un tratamiento psicoterapéutico prolongado.

Lo interesante es que con relativa frecuencia se presentan casos que no tienen que ser derivados a asistencia social o psicoterapia. Esto obedece en parte a que la mayoría de los niños cuentan con hogares y con una enseñanza escolar suficientemente buenos, aunque a veces presenten problemas clínicos agudos. Basta una pequeña ayuda ofrecida al niño para que a menudo mejoren todas sus relaciones; la familia y la escuela aguardan para cumplir con el resto del tratamiento.

Respecto de las técnicas, cualesquiera sean, que el consultor

debe estar preparado para utilizar, la base es el jugar. En otro lugar,² sostuve que, en mi opinión, o bien la psicoterapia se ejecuta en la superposición de las dos zonas de juego (la del paciente y la del terapeuta), o bien el tratamiento debe encauzarse a posibilitarle al niño jugar —vale decir, tener motivos para confiar en la provisión ambiental—. Hay que partir de la base de que el terapeuta es capaz de jugar, y de disfrutar con el juego.

Hay una técnica útil que ha sido denominada "juego del garabato", que consiste simplemente en un método para establecer contacto con un paciente cuando éste es un niño. Se trata de un juego reglado que pueden jugar dos personas cualesquiera, pero por lo general en la vida social pierde pronto su sentido. La razón de que tenga valor para la consulta terapéutica es que el consultor utiliza los resultados de acuerdo con lo que, según ha averiguado, el niño quiere comunicar. Lo que mantiene el interés del niño es la forma en que se utiliza el material producido mientras se juega.

Este método es fácil de aprender y tiene la ventaja de que facilita enormemente la tarea de tomar notas escritas. Si un niño o niña se comunica conversando o relatando sus sueños, el hecho de tomar apuntes se vuelve un problema formidable; y se debe tener presente que no me refiero a aquellos casos que tratamos con psicoterapia prolongada, sino a los otros, numerosos, que vienen a estas consultas. Cada uno de ellos espera recibir algo más que un diagnóstico: cada uno confía en que se atienda a una necesidad suya, por más que sólo sea posible ayudarlo respecto de un detalle o en una única área de la vasta extensión de su personalidad.

A pesar de todo, he vacilado en describir esta técnica —que vengo usando mucho desde hace varios años— no sólo por tratarse de un juego espontáneo que pueden practicar dos personas cualesquiera, sino también porque, si me pongo a describir lo que hago, es probable que alguien empiece a reformularlo como si fuera una técnica fija, con reglas y normas. En tal caso se perdería todo el valor de este procedimiento. Si describo lo que hago, existe el peligro muy real de que otros lo

² Véase "Playing: Creative Activity and the Search of the Self", en *Playing and Reality*, Londres, Tavistock; Nueva York, Basic Books, 1971; Penguin, 1974.

tomen y lo conviertan en algo semejante al Test de Apercepción Temática. La diferencia entre esto y el TAT es, en primer lugar, que no se trata de un test, y en segundo lugar, que el consultor aporta su propio ingenio casi tanto como el niño. Naturalmente, el aporte del consultor es excluido, porque no es él sino el niño el que está comunicando su desazón.

El hecho de que el consultor cumpla libremente con su papel en el intercambio de dibujos tiene, sin duda, gran importancia para el éxito de la técnica; este procedimiento no lo lleva al niño a sentirse inferior de ningún modo —como sucede, por ejemplo, cuando un paciente es examinado por un médico clínico para averiguar su estado de salud, o, a menudo, cuando se lo somete a un test psicológico (en especial a un test de la personalidad)—.

Una vez que ha llegado el niño, en el momento adecuado (por lo general después de pedirle a la madre o el padre que pase a la sala de espera), le digo: "Juguemos a algo. Te mostraré a qué me gustaría jugar a mí". En la mesa, que hay entre el niño y yo, tengo papel y dos lápices. Primero tomo algunas hojas de papel y las rompo por la mitad, dando así la impresión de que lo que vamos a hacer no tiene una importancia desmesurada, y luego empiezo a explicar: "Este juego que a mí me gusta no tiene reglas. Simplemente tomo el lápiz y hago esto...", y probablemente mirando hacia otra parte trazo un garabato a ciegas. Continúo entonces con mi explicación: "Me dirás a qué se parece esto que yo hago, o si puedes lo conviertes tú en alguna cosa; después tú harás lo mismo para mí, y veré si puedo hacer algo con lo tuyo".

La técnica se limita a eso; y es preciso destacar que aun en esta etapa temprana soy absolutamente flexible, de modo tal que si el niño en vez de dibujar quiere charlar, o jugar con los juguetes, o hacer música, o corretear por la pieza, me siento en libertad de amoldarme a sus deseos. Con frecuencia los varones quieren jugar a lo que llaman "un juego con puntaje", o sea, un juego en que se gane o pierda; pero en una gran proporción de primeras entrevistas el niño se amolda durante un tiempo suficientemente largo a mis deseos y a lo que a mí me gusta jugar, como para que pueda hacerse algún progreso. Pronto empiezan a recogerse los beneficios, de modo que el juego prosigue. A menudo en una hora ya hay veinte o treinta dibujos hechos por ambos, cuya significación fue haciéndose más y más

profunda, y el niño la siente como parte de una comunicación importante.

Con respecto a los garabatos en sí, es interesante señalar que:

1. Yo los hago mejor que los chicos, y éstos son, normalmente, mejores que yo para el dibujo.
2. Contienen un movimiento impulsivo.
3. Son locos, a menos que los haga una persona sana. Por esta razón, a algunos niños les parecen aterradores.
4. Son incontinentes, salvo por el hecho de aceptar limitaciones, y es así que algunos niños los consideran una travesura. Esto se vincula con el tema de *forma y contenido*. El tamaño y forma de la hoja es un factor que opera.
5. En cada garabato hay una integración proveniente de la integración de lo que es parte de mí; a mi entender, no se trata de una integración típicamente obsesiva, la cual contendría el elemento de la *renegación del caos*.

6. Con frecuencia el resultado de un garabato es satisfactorio en sí mismo, en cuyo caso es como un "objeto encontrado" —p. ej., una piedra o un trozo de madera vieja que tal vez un escultor encuentre y emplee como una especie de expresión, sin trabajarlo—. Esto tiene su encanto para los niños perezosos, y echa luz sobre el significado de la pereza. Cualquier trabajo que se le agregue arruinará lo que empezó siendo un objeto idealizado. Quizás un artista sienta que el papel o la tela son demasiado hermosos, que no deben ser arruinados; potencialmente, son la obra de arte. En la teoría psicoanalítica tenemos el concepto de la pantalla del sueño (Lewin), como lugar en el cual, o sobre el cual, puede soñarse un sueño.³

Todo esto se conecta con la etapa, muy temprana, de máxima dependencia, en la cual el self del bebé aún no está formado. Su yo es muy débil, a menos que reciba auxilio del yo de la madre (como suele suceder). El bebé empieza viviendo con el yo de la madre, que ella le presta merced a su adaptación sensible a las necesidades del bebé.

Há de entenderse que no existen dos casos iguales, y si dos de ellos se asemejasen yo entraría a sospechar de haberles puesto algo de mi propia cosecha, llevado por una necesidad

³ Bertram D. Lewin, "Inferences from the Dream Screen", *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 29 (1948).

personal. La descripción de un solo caso es, pues, forzosamente engañosa, y todo estudioso de esta técnica tendrá que repasar una veintena de casos para comprobar que, en rigor, *no hay* dos iguales. De ahí que yo haya publicado alrededor de una docena de estos casos, y me propongo reunir varios de ellos en un libro.⁴

He escogido uno de ellos para presentarlo aquí,⁵ sin que pueda afirmar que lo haya hecho por algún motivo en especial.

(Aquí el lector tendrá que tolerar que cambie de tema. Me es forzoso describir un caso, y no describir el juego del garabato. Al final volveré al tema principal y haré algunos comentarios sobre este juego, tal como fue usado por el niño y por mí en este caso.)

CASO DE L., DE 7 AÑOS Y MEDIO, 19/1/1966

L. vino con su madre, y las dos me esperaron en el consultorio, donde yo había dejado varios números de la revista *Animals*. Esto influyó, sin duda, en el material de la consulta.

Historia familiar: nena de 12 años; varón de 10 años; L., de 7 años y medio; nena de 5 años; varón de 3 años y medio.

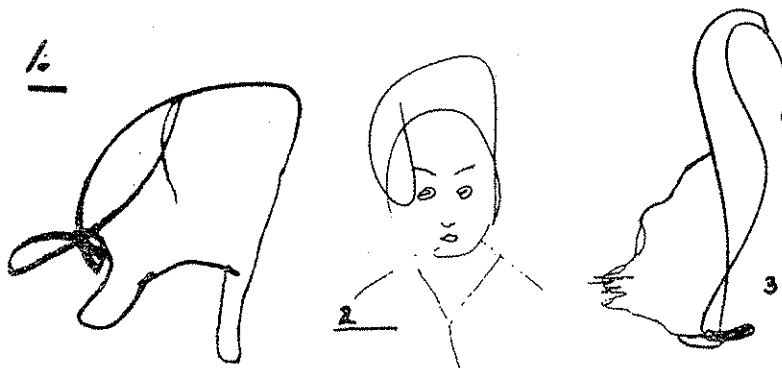
Compartí unos minutos con ambas, charlando sobre la revista de animales. Le pedí a L. que me acompañase hasta la sala de espera, que había preparado para la madre con el café y demás, todo lo cual despertó el interés de L., quien luego volvió conmigo al consultorio sin ninguna dificultad. Enseguida nos pusimos a jugar al juego del garabato, después que yo simplemente le dije de qué se trataba y ella aceptó. No conocía este juego.

L. era una niña linda y delicada, con un dulce aspecto, como puede tenerlo una niña de 7 años, bastante independiente y totalmente confiada en el marco de la relación que yo entablé con ella.

⁴ *Therapeutic Consultations in Child Psychiatry*, Londres, Hogarth Press; Nueva York, Basic Books, 1971. [Trad. cast.: *Clínica psicoanalítica infantil*, Buenos Aires, Hormé, 1980.]

⁵ El material de esta entrevista fue utilizado también en un libro compilado por G. Bierman, *Handbook of the Psychotherapy of Children* (Munich, Ernest Reinhardt, 1968), el cual contiene un capítulo del Dr. Winnicott que se titula "Meeting the Challenge of the Case in Child Psychiatry" —D.W.W. (Fue publicado como Caso 3, "Eliza", en *Therapeutic Consultations in Child Psychiatry*, ob. cit. [Comps.]

Comenzamos con:
1. Mi garabato.



Por lo que pude averiguar, a L. no le habían dicho por qué motivo venía a verme. Evidentemente, se sentía muy cómoda con un lápiz en la mano. Tomó mi garabato y le agregó otra pata, dejando un espacio en blanco entre las dos patas.

Le pregunté: "¿Qué puede ser esto?"

Ella respondió: "Algo anduvo mal".

No es raro, según mi experiencia, que un niño se sumerja inmediatamente en aguas profundas, como lo hizo ella.

Tomé nota mental de que la combinación del espacio donde debía estar la panza y las palabras "algo anduvo mal" podrían ofrecerme un claro indicio, ya al comienzo de esta sesión, de que L. se percataba de un problema, el cual podría estar vinculado a la panza. *No dije nada.* Como es natural, me pregunté si no habría algún problema del tipo de "¿De dónde vienen los niños?".

2. Al de ella yo lo convertí en una cabeza, qué parecía gustarle. No lo hice por ninguna razón especial, sino sólo porque se me dio por hacer eso.

3. Al mío ella enseguida lo convirtió en un ave, con lo cual ponía en evidencia su capacidad para la expresión propia en el dibujo.



4. El de ella; charlamos sobre lo que podría representar. Le gustaba la idea de la ropa colgada de una soga, aunque no correspondía con la experiencia diaria de la familia. "Todo va a parar al lavadero", pareció ser el comentario, aunque, por lo que pude entender, no era una contribución significativa de ella. Más bien lo era, que hubiese traído, a continuación de mi dibujo, una referencia a la vida en el hogar.

5. Al mío lo transformó en alguien con un gran sombrero. Le pareció bastante gracioso que el sombrero estuviese desprendido del costado de la cabeza. Podía tratarse de un chico o una chica.

Interpolación

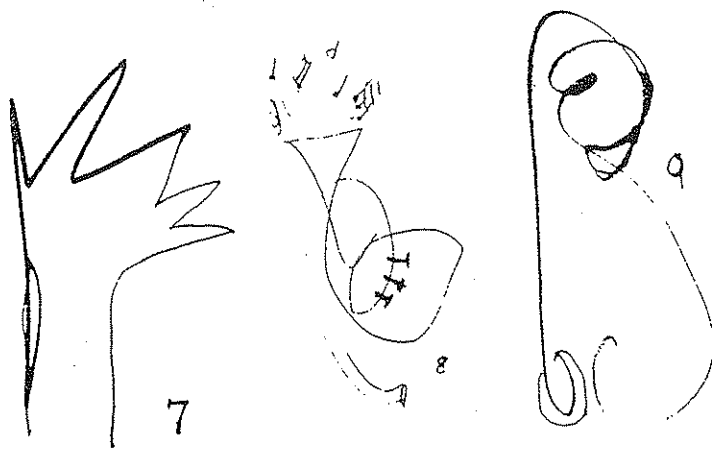
Aquí es menester referirse al hecho de que tres meses antes yo había mantenido una entrevista relevante con la madre. Si bien durante la entrevista hablamos principalmente de ésta, al describirme a L. me relató un incidente que había tenido importancia en su niñez temprana. Tenía que ver con *sombreros*. Si yo hubiese permitido que este relato de la madre dominase mis ideas en ese momento, tal vez habría pensado que el dibujo 5 señalaba, como temática principal, los sombreros; pero como *siempre extraigo mis claves del propio niño*, ya en esta entrevista con L. había averiguado que la temática principal

estaría vinculada con el espacio entre las patas delanteras y las traseras (dibujo 1), sea cual fuere el significado que llegasen a tener. No obstante, los sombreros aparecieron por cierto como una temática secundaria. Describiré el complejo de los sombreros al finalizar mi descripción de esta sesión con la niña.

Continuación del juego

6. El de ella, al que enseguida vio como un canguro con un sombrero puesto. Hizo algo que puso de relieve el tema del canguro y lo ligó con la idea de que entre las patas delanteras y traseras había un lugar significativo. Señaló que el canguro tenía las rodillas apuntando hacia arriba, como suelen tenerla los canguros, y para ejemplificarlo dibujó sus propias rodillas levantadas hasta el pecho. Es dable apreciar que uno de los efectos de esto es que queda oculto el vientre; por otra parte, los niños suelen elegir el canguro por la bolsa que tiene, y para indicar un embarazo visible en lugar de un embarazo oculto.

54-122

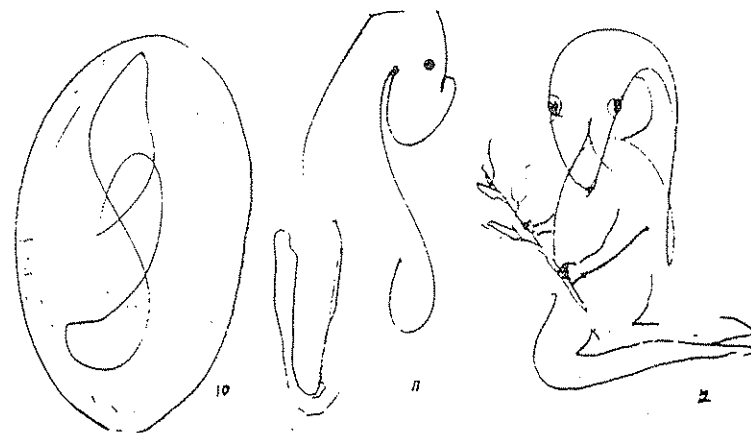


- 7. El mío, que convirtió en una mano o guante.
- 8. El de ella. Juntos lo convertimos en una trompeta.
- 9. El mío, que convirtió en "un perro o algo así". Se advertirá que también en este dibujo hay un espacio entre la cola y el lugar donde estarían las extremidades. *Evidentemente ella se dio*

cuenta de esto, porque volvió al dibujo N° 1 y le agregó una línea para mostrar la barriga.

10. El de ella, sobre el que estuvimos charlando. Yo le dije: "Realmente es algo completo en sí mismo; no necesita que se le haga nada. Me pregunto si no será una... (aquí debí sonsacarle cómo llamaban en la familia a los productos de la defecación)... una tarea (*busy*). Si el animal no tiene panza, ésta podría ser la cosa que cayese".

Me miró como si estuviera interesada, pero a la vez como si le hablase en un lenguaje que no era el suyo, y dijo que era una víbora; le dibujé entonces un plato alrededor y le sugerí que podíamos comerla en el almuerzo.

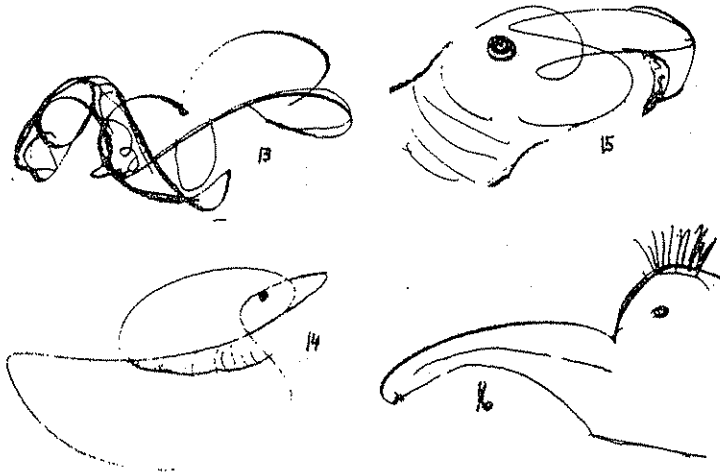


11. Al mío lo convertí en un perro feroz, que parecía "listo para arremeter contra alguien". Esto demostraba la capacidad de L. para llegar hasta algo propio de su naturaleza que no se manifestaba en su comportamiento habitual, o en su apariencia. (Dicho sea de paso, yo estaba pensando en conectar el arremeter con la idea de la panza ausente, y tomé nota mental de que por supuesto la niña tenía que haber asistido a los procesos correspondientes a los dos embarazos que fueron posteriores a ella, en especial el segundo cuando tenía entre 3 años y medio y 4 años.)

12. Al suyo lo convertí en "un duende o algo así". Ella

pensaba que estaba por comerse las hojas de la rama. Le gustó como dibujo y como idea imaginativa.

13. El mío fue tratado por ella de un modo sumamente imaginativo. "Es algo que se mete en un túnel. Podría ser un topo". Pensé que aquí estaba presente el simbolismo de la defecación, o el nacimiento, o el coito, pero dejé el asunto allí sin interpretar.



14. El suyo terminó siendo una especie de pato que se ve en la oscuridad. Esto significaba que andábamos próximos a las ideas que surgen en la mente momentos antes de despertar. Estábamos cerca de un verdadero material onírico.

15. Al suyo lo convertí en la cabeza de una especie de ave.

16. Ella trató al mío de modo similar, poniéndole al ave plumas sobre la cabeza.

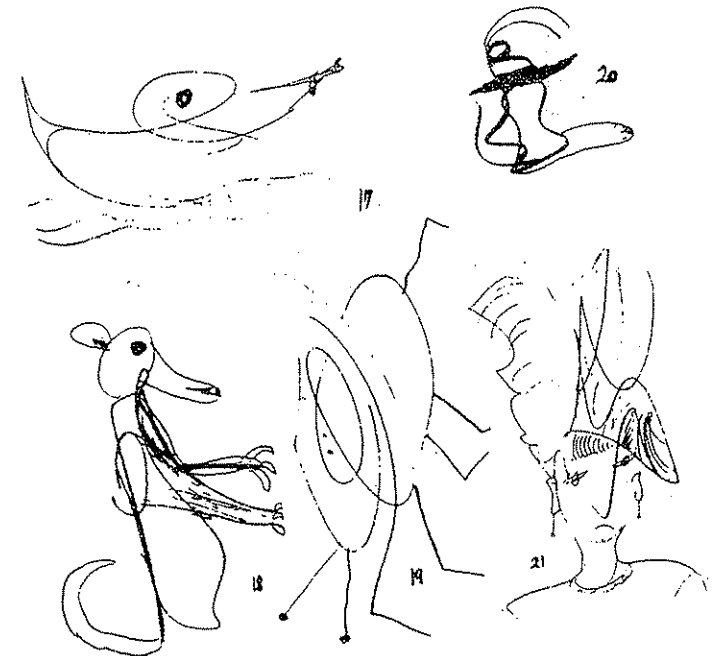
A esta altura se había desarrollado un juego relacionado con colocar los dibujos uno al lado del otro sobre el piso; ella tomaba entusiasta cada uno que terminábamos y lo ponía al final de la hilera, de modo tal que los dibujos llegaban hasta la otra parte de la habitación. Cada vez que ella se levantaba para ir a poner un dibujo allí o a ver el número (cosa que también le interesaba), yo le decía: "Adiós", y cuando volvía le decía: "¡Hola!". Ella no se mostraba hiperexcitada, sino vitalmente interesada en lo que sucedía, y ambos disfrutábamos.

17. Al suyo lo convertí en un pato, imitándola, y se lo dije. Le puse al pato un pez para que se lo comiera.

18. Al mío lo convirtió en "algo feroz".

Yo le había formulado ya algunas preguntas tentativas sobre sus sueños, pero no le resultaba fácil hablarme de ellos. Aventuró el comentario de que eran horriblos. Yo le había dicho antes que sin duda había algo horrendo que formaba parte de ella y con lo que ella no sabía qué hacer, y le recordé el perro feroz (Nº 11), tema que se volvía a presentar en este dibujo (Nº 18) de "algo feroz que tiene garras y grandes orejas y un ojo grande y extraño con el cual puede ver en la oscuridad".

Aquí le añadí algo respecto de la forma en que podían volcarse las cosas de adentro si no hubiese panza: tal vez caería algo feroz, como lo que ella había dibujado. También le dije algo respecto de las garras y de sus ideas de alcanzar eso que había dentro de la barriga de mamá cuando estaba por tener uno de los dos bebés que vinieron después de ella. Esta idea fue novedosa para L. No estaba segura de recordar nada vinculado con el embarazo de su madre (desde luego, no usamos esta palabra).

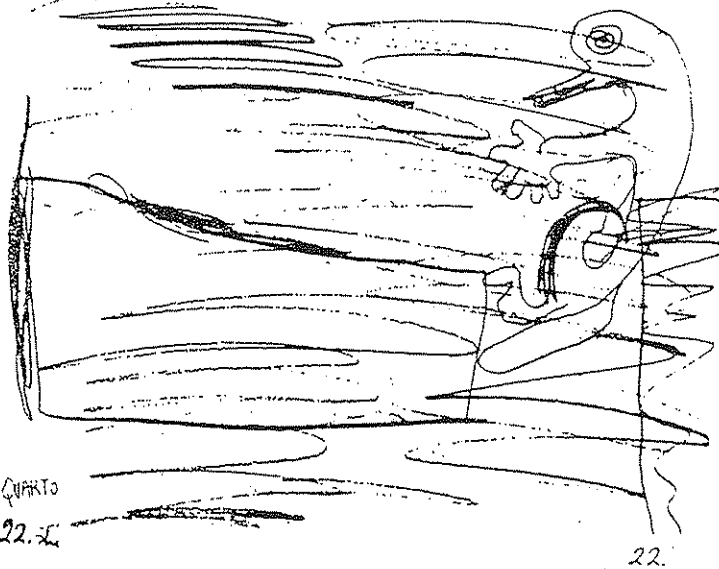


19. Yo comencé a hacer algo con el de ella, y juntos lo transformamos en un insecto.

20. El mío fue algo diferente de los otros garabatos, más concentrado. Exclamé: "¡Este es medio tonto, ¿no?!". Ella contestó: "¡No!", y rápidamente lo convirtió en "alguna clase de animal con antenas... Tiene una pata grande y una cola. Puede ser lindo o ser horrendo".

Más o menos por entonces yo traté de obtener de ella alguna información sobre si las cosas feroces y horribles eran masculinas o femeninas, pero no conseguí ningún indicio significativo.

21. Al de ella lo convertí en lo que ella llamó "una dama elegante". Mientras yo terminaba de dibujar éste, ella ya había empezado el siguiente.

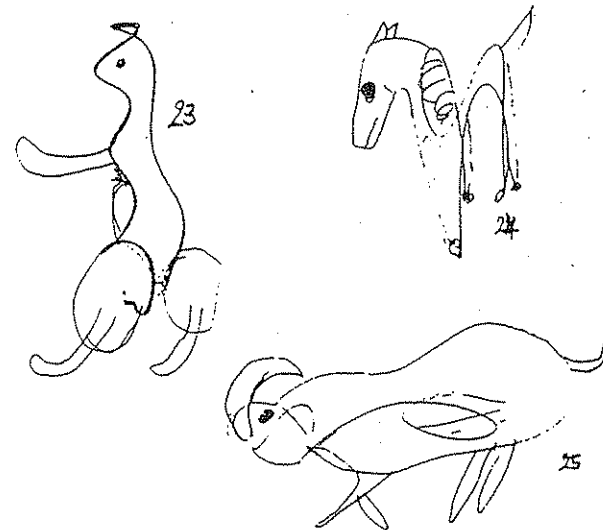


22. En una hoja más grande que las habituales. Dijo que "le resultaba muy difícil hacerlo" y que ella tenía que ser "muy valiente ... es un sueño aterrador". Empezó con la parte de la oscuridad y luego incorporó la cama, en la que ella yacía; después se concentró en los detalles de la COSA que se arrojaba sobre ella. Tenía las rodillas levantadas (como describió al

canguro, y como me había mostrado con su propio cuerpo), una pata grande y una pequeña, y un solo ojo. Desde su punto de vista era "lo más horrendo posible".

Traté de explorar qué sentiría ella si esa COSA se le viniera encima, y todo cuanto pudo decir fue: "Sería horrendo para mí". Hice unas exploraciones en torno de la idea de la estimulación sexual, ya sea en la forma de una seducción de algún tipo (que, dado el marco familiar, era improbable) o de la masturbación, utilizando palabras que pudiera entender. No forcé el tema en absoluto, pero le insinué que yo estaba al tanto; me miró sorprendida, como si fuese la primera vez que pensaba conscientemente en la masturbación y en los sentimientos de culpa ligados a ésta. Es evidente que aquí yo estaba especulando, basándome en lo que, a mi parecer, veía que estaba sucediendo. Obré con gran cautela, asegurándome de que eso no pusiera en modo alguno en peligro la relación establecida entre nosotros, la cual tenía rasgos positivos muy importantes, en los que podía confiarse para estar a salvo de grandes riesgos.

En ese momento le dije que podía escoger entre seguir jugando o hacer alguna otra cosa, y dijo que prefería hacer dos garabatos más. Así pues, le di todas las oportunidades para dejar el juego, o cambiar de tema, o jugar a otra cosa y ver qué sucedía.

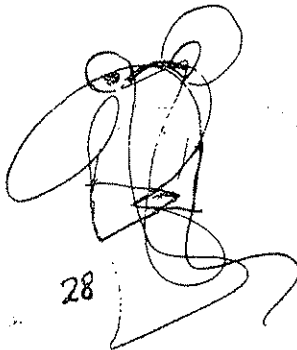
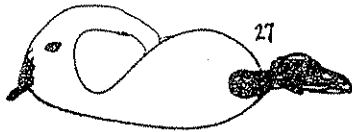


23. Al mío lo convirtió en otro canguro, esta vez con una gran panza o bolsa y en ella un canguro bebé. No tenía las patas flexionadas. Le dije que el canguro permitía pensar en una panza con un bebé adentro sin abordar directamente la idea de la madre embarazada. Dijo que el canguro es un animal que hace cosas con sus patas y pega saltos. Le transmití algo más de mi propia idea sobre que esa cosa tan espantosa que se le viene encima representa algo que ella nunca aceptó del todo, y es que tiene sentimientos parecidos con respecto al bebé que está adentro de la panza de su mamá. La COSA horrenda sería entonces un retorno de algo propio de ella, que ella era capaz de sentir como horrendo.

24. Al suyo lo convertí en un animal que le gustó. Como parecía con ganas de continuar dibujando, seguí adelante con el juego.

25. Al mío lo convirtió en un chivo que embestia. Presumí (aunque no le dije nada de esto) que para L., lo mismo que para otras personas, un chivo es un símbolo del instinto masculino.

26. Al suyo lo convertí en otro animal, que le agradó.



27. Sobre el mío dijo que iba a ser un ratón; por lo menos tenía una oreja grande. Comentó que el próximo dibujo sería el último de la serie.

28. Al último, de ella, lo trocó, con gran fantasía, en la cabeza de un hombre. Empezó poniéndole anteojos; era obvio que se trataba de un retrato mío. El hombre estaba leyendo un periódico. "No —se retractó—, está cruzado de brazos". A esta altura se la veía actuar con mucha libertad; podía ver lo que quisiese en sus propios garabatos.

Ya estaba en condiciones de irse, y le comuniqué que iríamos a buscar a la mamá, así que juntamos entre ambos los dibujos, que ella quiso reexaminar en el orden correcto. Repasamos todos los detalles significativos, incluidos los divertidos, así como las interpretaciones. Sacó del montón el dibujo hecho sobre la hoja grande (Nº 22), el de su sueño, y lo apartó diciendo que ése era "diferente". Pienso que si hubiese entrado la madre, L. habría querido que ese dibujo se mantuviese como algo privado entre ella y yo. De todos modos, metí todos los dibujos dentro de una carpeta y le dije que eran suyos y podría tenerlos en cualquier momento que los quisiese, pero yo se los guardaría. Esta es mi costumbre al terminar el juego, y es muy raro que un niño quiera llevarse los dibujos a su casa.

Salió entonces a buscar a la madre. Mientras trasponía el umbral de la puerta principal, muy contenta, le dije: "Tal vez nos volvamos a ver algún día". Ella respondió: "Así lo espero".

Comentario

Si el lector está estudiando esta técnica, y a la vez tratando de usar este material para evaluar el estado psiquiátrico de L., preferirá repasar lo que hasta ahora se ha presentado sin ayuda. Es indudable que son muchas las opiniones que podrían manifestarse, según que se coloque el acento ora en un aspecto, ora en otro del caso.

No obstante, quiero hacer algún comentario para que el lector lo use luego de su examen personal de lo que aquí se dejó traslucir.

Observaciones generales

Esta niña inteligente queda comprendida dentro de lo que abarca el término "normal" o "sana", psiquiátricamente hablando. O sea, revela estar libre de toda organización defensiva

rígida. Dicho de un modo más positivo, es capaz de jugar y de disfrutar con el juego; acepta sin dificultades mi manera de jugar y permite que nuestros respectivos juegos se superpongan; además, tiene sentido del humor sin ser maníaca.⁶

L. es capaz de usar su imaginación, y luego de la debida verificación de la situación, de darme un sueño significativo en el que aparece la ferocidad —precisamente el rasgo que falta clínicamente en su personalidad, tal como se manifiesta ante quienes la conocen.

Surgen ciertos temas que dirigen la atención a ciertas esferas de la organización de la "personalidad total" de L., las que le provocan cierto trastorno a raíz del conflicto, la ignorancia y el embrollo. Estos temas son los siguientes:

A. Tema principal

Algo anda mal (Nº 1).

Espacio en blanco en lugar de la línea de la panza (Nº 1).

Línea agregada con posterioridad (en el momento de hacer el Nº 9).

Tema del canguro, que plantea su confusión respecto del embarazo.

Comprensión del embarazo genital, pero con fantasía pregenital (tracto alimentario) de embarazo, sometida relativamente a la represión.

Es como si se le hubiese dado información sobre el hecho de que los bebés provienen del útero, pero esta información no hubiese "prendido" en ella debido a que todavía se debatía con los bebés como aquello que viene de adentro —sistema de la fantasía alimentaria—. Es imposible saber si esto provenía de la madre o de la hija, o de ambas, ya que resulta claro que la angustia se centraba en la COSA horrenda presente en el sistema de la fantasía del tracto alimentario, y que esto se vinculaba con las ideas horribles o destructivas que L. tuvo quizás respecto de esas COSAS del vientre de la madre que, a veces, la ponían gorda.

El hecho de que L. pudiera alcanzar estas cuestiones en su relación conmigo tuvo por efecto que se transformase en una

⁶ El término "maníaco" implica para mí que hay un estado de ánimo depresivo que ha sido renegado y reemplazado por manifestaciones contradictorias —D.W.W.

persona más relajada, de modo tal que los padres quedaron satisfechos con el resultado clínico de la consulta. Esto apuntaría a la posibilidad de que L. estuviese ya preparada para recibir una explicación más imaginativa e infantil que la que se le había dado sobre el origen de los bebés.

B. Tema secundario

La niña mostraba un recurrente interés por los sombreros, y esto bien puede haber sido una secuela del episodio significativo que me relató la madre, al que todavía no me he referido. Confío en que al hacerlo ahora no voy a interferir en la comprensión de las cuestiones principales de este caso.

Cuando la entrevista con la madre (que versó principalmente sobre ella misma) se aproximaba a su término, me comentó algo relacionado con el manejo de L. en sus primeros meses de vida, sobre lo cual se sentía culpable. Dijo: "Parece ridículo, pero sucedió cuando L. tenía diez meses. Tuve que ausentarme unos días, contra mi voluntad, pero dejé a los niños (en ese entonces L. era la más chica) al cuidado de una niñera que estaba permanentemente cerca de casa y conocía las costumbres de nuestro hogar. Pensé que todo andaría bien, pero debo haberme sentido en falta porque al regresar me precipité hacia donde estaba L. (la beba) —ya no me acuerdo dónde era que estaba— sin sacarme el sombrero. Lo espantoso del asunto es que L. quedó petrificada. No reaccionaba en absoluto ante nada de lo que yo le hacía. La tomé en mis brazos un largo rato, y a la postre se relajó y volvió a ser como era antes de que yo me fuese. Todo retornó a la normalidad, salvo que a partir de entonces L. le tuvo fobia a los sombreros. Durante un largo tiempo —muchos meses— la beba no soportó a las señoras con sombrero puesto".

Probablemente haya sido por esta fobia a los sombreros, y por la posibilidad de que hubiese quedado algún residuo de esa pérdida de la madre durante tres días, a los diez meses, que la madre resolvió traer a L. a la consulta psiquiátrica, y no porque se mojase en la cama —lo cual no le importaba a la madre en absoluto, y además ya se estaba resolviendo por la época de la consulta—.

Como ya señalé, fue importante que me atuviera al material de la niña y no al tema subsidiario de los sombreros, que podía haber reconocido a partir de lo que la madre me había contado sobre los primeros años de L.

C. Tercer tema

El tercer tema fue, en definitiva, el más importante. Se vinculaba justamente con el rasgo faltante en la personalidad de L., la ferocidad que apareció primero en "algo feroz" (Nº 18) y luego en la COSA del sueño (Nº 22). La ferocidad estaba relacionada con el temor de L. a las cosas que, según ella imaginó, crecían dentro de la panza de su mamá, temor basado en una concepción pregenital de las funciones orgánicas de la ingestión-retención-eliminación. También se conectaba con sus propias mociones agresivas, la rabia que sentía por su madre que se apartaba de ella con cada nuevo embarazo, y su ataque temeroso a los objetos horrendos imaginados en el interior de su madre. Por detrás de todo esto se hallaba el ataque encubierto a los contenidos de la madre, correspondiente a una relación de objeto basado en el instinto, o a un impulso de amor primitivo, en cuya prehistoria estaba la idea del ataque a los contenidos del pecho, o apetito voraz.

El trabajo realizado en esta única consulta terapéutica bastó para liberar el impulso de amor primitivo respecto de los impulsos secundarios de rabia, y clínicamente la consecuencia fue que la personalidad de la niña se volvió más libre en general y hubo un intercambio más suelto de sentimientos entre ella y su madre.

La parte principal de este trabajo estuvo dada por los propios descubrimientos de la niña, o esa secuencia ordenada que culminó en que fuera capaz de usar el sueño que había tenido, pero del que no había podido extraer cabal beneficio.

En otras palabras, las interpretaciones no produjeron el resultado pero contribuyeron al descubrimiento, por la propia niña, de lo que ya había en ella. Esta es la esencia de la terapia.

Resumen

- a. Se ha intentado describir el juego del garabato.
- b. Este es un juego sin reglas.
- c. No hay nada nuevo en este juego, y muy poco de nuevo en su uso en psicoterapia. Lo importante es el uso que se le dé al material que el juego puede producir, especialmente en ese tipo de trabajo en una sola sesión que yo denomino "consulta terapéutica".

d. Por lo tanto, para describir el juego ha sido menester dar un ejemplo, lo cual implicó la descripción de un caso. Pero no hay dos casos iguales, y por ende un solo ejemplo puede resultar engañoso. Se invita, pues, al investigador a que estudie este caso junto con los otros publicados.⁷

e. En muchos de nuestros casos bateamos bien, por decir así. Estos casos (comunes) son los que suministran el mejor material para esta clase de trabajo en psiquiatría infantil. Y cualquier mejoría clínica posterior a la sesión genera, naturalmente, una respuesta favorable en el hogar o la escuela.

f. Si el trabajo de la sesión no da lugar a un resultado clínico, el caso pasa a ser clasificado naturalmente entre los que necesitan un enfoque distinto, como la asistencia social o una larga psicoterapia. El juego del garabato no ha de dominar la escena durante más de una sesión, o a lo sumo dos o tres. Es conveniente pensar en términos de la repetición de una primera sesión, y decir entonces que el juego del garabato, o sus equivalentes, es útil como técnica para la primera sesión.

g. Contrariaría mis propósitos que el juego del garabato fuera estandarizado o descripto con excesiva claridad. El principio es que la psicoterapia se produce en un lugar donde se superponen la zona de juego del niño y la zona de juego del adulto o terapeuta. El juego del garabato es un ejemplo de cómo puede favorecerse esa interacción.

⁷ Véase *Therapeutic Consultations in Child Psychiatry*, ob. cit.